

PAISAJE EN LA OSCURIDAD

(PEDRO URIS, 1993)

Esta es una historia de pocas certezas que sucede en el tránsito entre dos ciudades y que tal vez concluya en una tercera, aunque hablar de un final resulta en exceso presuntuoso para una historia cuya propia existencia es incierta.

Esta es una historia protagonizada por una mujer, y tal vez por un hombre, que sucede en el tránsito entre dos momentos del tiempo y que comienza ahora, aunque igualmente nos sería difícil asegurar si este principio corresponde con su inicio o con su final en el tiempo.

Elena había tomado una decisión y ahora tan sólo tenía que esperar que el tren concluyera su trayecto y que el paisaje que intuía veloz tras la oscuridad de la noche se detuviera para siempre.

Ella no supo nunca en qué estación había subido Bruno y tampoco podía afirmar en cuál se bajaría, porque él ya estaba allí cuando ella entraba y siempre la despedía desde la ventanilla cuando descendía del tren, al amanecer del día siguiente.

Elena debía tomar ese tren nocturno todas las semanas. Su trabajo le exigía desplazarse cada lunes a una ciudad del sur, para regresar al cabo de dos días. El siempre estaba en el viaje de ida, pero Elena nunca lo encontró en el de vuelta. ¿Existía, pues, una dirección?

Con el paso de los meses, años incluso, aquel amor apasionado, arrebatado a la noche en la cabina de un tren que atravesaba sin detenerse unos paisajes que nunca hubieran reconocido a la luz del día, se convirtió para Elena en una especie de segunda existencia, tan diferenciada de la primera como puede serlo el sueño de la vigilia, o la vida de la muerte.

La primera existencia de Elena, la existencia real, no era, sin embargo, una vida gris y mediocre que justificara su huida a este otro mundo de pasión y arrebató. No era

una vida que ella detestara, antes al contrario, Elena se encontraba cómoda en el calor de su hogar, junto a su marido, un asesor económico cuyo nombre sonaba con insistencia para diversos cargos públicos, y junto a sus hijos, un niño y una niña, cariñosos y simpáticos, que miraban ilusionados el comfortable mundo que sus padres habían creado para ellos. No era Elena, tampoco, una mujer que hubiera sacrificado sus expectativas profesionales y sociales para cumplir una dudosa misión en el seno de la familia. Al contrario, y sus viajes regulares eran buena prueba de ello, Elena gozaba de un sólido prestigio en su campo profesional y siempre se encontraba en disposición de elegir entre las diversas ofertas de trabajo que le llegaban. No, Elena no quería, no hubiera podido, renunciar a esta primera existencia, a su círculo de amigos, a sus padres y hermanos, a su familia, a su trabajo, a su ciudad, a sus señas de identidad dentro de la sociedad.

Por ello situó, quizás de forma inconsciente, esta segunda existencia en el terreno improbable de los sueños, y de este modo, ese amor imposible de concretar en el espacio, ese amor que discurría a gran velocidad, atravesando en la oscuridad de la noche unos paisajes que nunca hubieran reconocido a la luz del día, comenzó a habitar en una profunda región de su mente y edificó poco después seguras fronteras con el resto de sus pensamientos. En ocasiones, durante las noches detenidas de su hogar, Elena temblaba de miedo al sentir que esa región profunda y oculta trataba de desbordar sus límites y ocupar un lugar en su otro tiempo. ¿Debía decir tiempo o espacio? ¿Cuál era el concepto más preciso?

¿Había sido, pues, su velado intento de crear un espacio, de vivir un tiempo al margen de la realidad, la causa de que un día Bruno ya no estuviera allí? Sin embargo, nunca le importaron las causas y su único deseo fue poder recordar los datos suficientes

para encontrarlo, pues sólo entonces se dio cuenta de lo poco que sabía acerca del hombre que amaba.

Eso no sucedió la primera semana, ni tampoco la segunda. Elena pensó que algún contratiempo le había impedido tomar el tren y sólo hubo de soportar el dolor que le provocaba su ausencia. Fue a la tercera semana cuando supo que Bruno ya no volvería nunca y comprendió que estaba condenada a efectuar sola aquel trayecto nocturno durante el resto de sus días. Fue aquella noche cuando trató de recordar todo cuanto Bruno le hubiera dicho sobre sí mismo, pues las únicas pruebas que poseía de la existencia física del hombre que amaba se reducían, a falta de la foto que nunca tuvo, al eco silencioso de sus palabras, que intuía suspendidas en algún rincón del compartimento, y al tacto de su piel, que aún guardaba en los pliegues de su cuerpo. Sólo esas pruebas desprovistas de materia para encontrarlo.

Al final de la noche, después de buscar en cada frase y en cada gesto, después de vivir otra vez todas las noches de su amor, Elena contempló desolada que tan sólo quedaban cuatro certezas sin tachar en su cuaderno. Sólo esas certezas, tan escasas como las de esta historia, para encontrarlo.

Aunque Bruno no le dijo nunca el nombre de la ciudad en que vivía, Elena supo, por mil detalles dispersos en las páginas de su cuaderno que se trataba de una ciudad grande. Allí ejercía de programador en un cine llamado Panorama, que estaba especializado en películas de autor. Bruno se encontraba muy satisfecho de su trabajo y más de una noche se la había pasado hablando de proyectos y realidades que ella, ajena a los entresijos de la industria del cine, no acababa de comprender.

La tercera de las pistas también se refería a una actividad aunque ésta perteneciera a un ámbito más privado. Bruno escribía poesías, ella misma guardaba cerca de su corazón un pedazo de papel con los únicos versos que había conseguido

arrancarle, y después de muchos fracasos había logrado publicar un libro de poemas del que le había prometido un ejemplar que nunca le trajo. ¿Cuál era el nombre de aquel libro?

Y finalmente, existía en algún lugar de esa ciudad un bar llamado Bruma, al frente del cual estaba un viejo poeta cuyo nombre era Melquíades. Allí acudía Bruno muchas noches y permanecía hasta muy avanzada la madrugada en animadas tertulias con los artistas marginales que allí se daban cita. Aunque Bruno le había hablado de ellos, de sus proyectos y de sus quimeras, Elena tampoco recordaba ninguno de sus nombres. ¿Le había mencionado alguna vez el título de su libro o los nombres de sus amigos?

¿Pero, dónde estaba todo aquello? ¿Dónde estaban esos rastros dispersos del hombre que amaba? ¿Cuál era la ciudad? Esa pregunta, aparentemente tan sencilla, no se la pudo responder ninguno de los empleados del tren. Nadie recordaba en qué estación subía Bruno y muchos de ellos mostraron, incluso, una extraña dificultad para concretar los rasgos de un viajero que, a juzgar por su constancia y regularidad, debían conocer muy bien. ¿Dónde?

Durante el viaje de vuelta, Elena extendió sobre la litera un grueso fajo de guías turísticas que había ido comprando en los escasos huecos que le dejaba su trabajo. Allí estaban todas las ciudades que había junto a la vía férrea más al norte de la suya propia, hasta que el tren tropezaba con el mar y ya no podía continuar su camino. Una de ellas era, sin duda, la de Bruno.

Se trataba, simplemente, de encontrar una en la que coincidieran los dos locales que Bruno le había mencionado: un cine llamado Panorama y un lugar de copas llamado Bruma. Sin embargo, eso no resultó tan fácil como pensó al principio, pues esos dos nombres, que ella había considerado como únicos e irrepetibles, pero que, no obstante,

aparecían en más de una ocasión, parecían ser presa de campos magnéticos opuestos y nunca los encontró juntos en la misma ciudad.

Cuando al amanecer, el tren se acercó a su ciudad y ella reconoció el rostro familiar de los edificios de las afueras, cuando puedo sentir, flotando en el aire frío de la mañana, el murmullo de su hogar, Elena cerró las guías y las dejó abandonadas en el maletero superior. Nunca podría dar con él. ¿Deseaba realmente encontrarlo?

Aunque durante los días siguientes evitó buscar una respuesta para esa pregunta, al subir de nuevo al tren nocturno y abrir la puerta de la cabina que siempre compartía con Bruno, Elena sintió en su corazón la respuesta que trataba de ignorar: su deseo de encontrarlo tras la puerta y escuchar de sus labios que aquella ausencia había sido tan sólo un mal sueño. Entonces ella se echaría en sus brazos y le corregiría dulcemente, una desagradable vigilia, amor mío. Pero allí dentro no había nadie.

Unas horas más tarde, Elena, inquieta en su litera, dividida entre el deseo de ir a buscarlo y el miedo que sentía a encontrarlo fuera de aquel tren que rasgaba la noche veloz e indiferente, incapaz en definitiva de dormir, acudió al vagón restaurante en busca de unas copas que nublaran y empañaran definitivamente sus sentidos. Al sentarse en un rincón, en la misma mesa que habían compartido muchas noches, viendo discurrir la misma oscuridad a través de los mismos cristales surcados por gotas de lluvia, sus pies tropezaron con una vieja guía abandonada y maltrecha en el suelo. Al ver que correspondía a una de las ciudades que jalonaban la ruta del tren hacia el norte y movida por un reflejo inconsciente, Elena recorrió sus páginas en busca de los cines y los lugares de copas. Al encontrar un bar llamado Bruma, supo que, en las páginas siguientes, ya no encontraría ningún cine que se llamara Panorama. Esta deducción, que para cualquier viajero del tren hubiera resultado un tanto misteriosa, constituía para Elena la solución de un acertijo extremadamente simple. Sin embargo, por una vez el

acertijo consiguió eludir su solución y su dedo se detuvo en un cine llamado Panorama. ¿Cómo era posible que no lo hubiera visto antes?

Dos días más tarde, al amanecer del viaje de vuelta, cuando Elena pudo reconocer en el paisaje el rostro familiar de los edificios de las afueras de su ciudad, y pudo sentir flotando en el aire frío de la mañana el murmullo de su hogar, unas nubes, negras como la noche, cubrieron el cielo y robaron la luz de la mañana, como si trataran de ocultarle la ciudad que se abría ante sus ojos. Su ciudad.

Innecesario empeño del destino, pues Elena ya había tomado una decisión desde mucho antes de que el tren iniciara su camino. Por una vez no descendería en esa estación, por una vez iría más allá de las distancias que hasta entonces habían constituido los márgenes de su existencia. Continuaría el viaje hacia el norte, en busca de esa ciudad que reunía dentro de sus fronteras las dos palabras que la habían hechizado: Bruma y Panorama.

Durante las cuatro horas escasas que duró ese viaje inesperado, el cielo se fue oscureciendo cada vez más, de modo que al llegar a su punto de destino creyó haber llegado al final de un túnel sin salida. ¿Qué iba a ser de ella?

Moviéndose con la dificultad propia del recién llegado a un lugar desconocido, con la inquietud del que ha transgredido por primera vez en su vida las normas y los espacios de su existencia, Elena llegó hasta una calle, angosta y retorcida como el camino del infierno, al final de la cual debía encontrarse el cine Panorama. Elena la recorrió lentamente, asustada, tratando de reconocer en las fachadas que la limitaban algún nombre familiar, algún rastro que le revelara la cercana presencia de Bruno.

Sin embargo, al llegar al final del callejón no encontró más que los restos de lo que fue el cine Panorama. Una fachada ruinoso que estaba cerrada por una verja a través

de la cual se podía ver la última fila de un patio de butacas derruido e intuir en la oscuridad del fondo el llanto de una pantalla surcada por las grietas y el olvido. ¿Era aquella la entrada del infierno?

Desconcertada y perdida, Elena se dirigió a una pequeña tienda de comestibles que había cerca y preguntó a su propietaria, una anciana que parecía haber salido de la pantalla del cine vecino, por Bruno, el hombre que trabajaba como programador en la sala de al lado. La mujer la miró con infinita tristeza, no había nadie trabajando allí, el cine Panorama llevaba varios años cerrado, se detuvo un instante para intentar contarlos, pero desistió de hacerlo con exactitud.

— Diez, quince años, tal vez más. ¿Quién lo recuerda?

Al recorrer de nuevo los recodos de aquella callejuela en sentido inverso, Elena tuvo la impresión de que a sus espaldas la calle se cerraba para siempre. ¿Cuál era la mentira que se escondía tras las palabras de Bruno?

Su siguiente paso fue la Biblioteca Municipal, debía encontrar el libro de poemas que Bruno había publicado y que, aparentemente, era la única huella que quedaba de su existencia. Pero una vez ante la bibliotecaria, una joven extremadamente amable, Elena se dio cuenta de que no sólo no sabía el título del libro, sino que tampoco conocía el apellido de su autor. Asustada por la pérdida progresiva de identidad que estaba experimentando Bruno, pero decidida a no abandonar esa última huella de su paso por la tierra, Elena insistió a la joven bibliotecaria para que la dejara buscar en los interminables ficheros a alguien llamado Bruno que hubiera publicado un libro de poemas.

Al cabo de varias horas, cuando la noche empezaba a asomar de nuevo en el horizonte, Elena dio con una ficha a nombre de Bruno A., en la que aparecía registrada

una sola obra titulada Libro de Poemas. Agitada y nerviosa, se la entregó a la joven bibliotecaria y la siguió a través de oscuras estanterías, esperando impaciente el momento en que al fin tuviera ese libro entre sus manos. ¿Se trataría del mismo libro? ¿De la misma persona?

Pero el libro que unos minutos después tuvo en sus manos sólo le mostró el enigma de una cubierta desnuda, el misterio de un título sin contenido, la cruel pregunta de un nombre incompleto, el silencio de una contraportada en blanco. Nada.

Sólo la belleza de unos versos tras los que Elena buscó desesperadamente a Bruno. ¿Cómo estar segura?

Desalentada, Elena devolvió el libro a la joven bibliotecaria, pero cuando ésta levantó su cubierta para anotar la referencia que había en el interior, la dedicatoria que figuraba en la primera página avanzó en su busca: «Para Elena».

Bruno la estaba llamando desde las páginas sin vida de su obra.

— ¿Sabe cómo puedo localizar al autor? ¿Vive en esta ciudad?

La joven la miró sorprendida y después buscó inútilmente algún dato en el libro que le hablara de aquel misterioso Bruno A.

— El libro ha sido publicado este mismo año, insistió temblorosa Elena.

La sincera extrañeza que adornaba el rostro de la joven se hizo más explícita. Volvió a mirar el reverso de la portada y levantó sus ojos hacia ella.

— Pero este libro se publicó hace quince años.

Cuando salió de la Biblioteca Municipal, la noche ya se había apoderado por completo de la ciudad y Elena comenzó a caminar sin rumbo por aquellas calles que le resultaban completamente desconocidas, tan desorientada y perdida en sus movimientos

como lo estaban sus sentimientos y su razón. ¿Qué significaban las ruinas de un cine llamado Panorama? ¿Qué probaba un nombre en la portada de un libro de poemas olvidado en las estanterías de una biblioteca pública? ¿Qué valor tenía una dedicatoria anónima, un nombre que podía corresponder a miles de mujeres? ¿Qué era aquella oscuridad que le atenazaba?

Tenía que regresar al mundo conocido y olvidar las experiencias de aquel día. Intentar olvidar a Bruno y escapar al hechizo de aquel tren que surcaba la noche sin detenerse. Aferrarse a la realidad cotidiana de su familia, su trabajo, su ciudad. Aferrarse firmemente a sus señas de identidad para poder sobrevivir.

Pero cuando Elena creyó haber tomado una decisión y buscó con la vista un taxi que le llevara a la estación, su mirada se cruzó con una bocacalle negra y profunda que había al otro lado de la avenida y en ese momento un letrero se iluminó al fondo de la oscuridad. Cinco letras flotando en el final de la noche, cinco letras suspendidas en el aire que rompieron el silencio de la madrugada con su grito desgarrado: ¡Bruma!

Resultaba difícil asimilar el interior de aquel local a algún tiempo o a algún espacio, más bien parecía construido a base de jirones de otras épocas y otros lugares. La única persona que había en su interior, un hombre de unos cincuenta años que estaba tras la barra, la miró cuando entró como si estuviera esperándola desde hacía tiempo y apenas mostró sorpresa cuando ella le preguntó por Melquíades.

— Melquíades murió hace años. Siempre afirmó que era un gran poeta, pero nadie pudo ver nunca ninguno de sus versos. Quizás su poesía fuera simplemente este local que ahora, sin su presencia, agoniza en silencio.

— ¿Y los hombres que hablaban con él, los que compartían sus madrugadas y sus ideales? ¿Dónde están ahora?

— Después de su muerte fueron dejando progresivamente de venir y ya no los he vuelto a ver. Con su marcha comenzó la decadencia de este local, la pérdida paulatina de su identidad, como si cada uno de ellos se hubiera llevado un pedazo de su espíritu prendido en el corazón. Poco a poco, el ambiente se tornó frío, casi inhabitable.

— ¿Recuerda a uno llamado Bruno?

El hombre señaló una foto que había en la pared.

— ¿Cuál de ellos es?

Elena miró sorprendida la fotografía que había tras la barra.

— Pero, están todos de espaldas.

El hombre pareció no oírla y buscó con el dedo una de las figuras.

— Este era Melquíades, el poeta del futuro. El poeta sin poesías.

Elena contempló aquellas siluetas recortadas contra las paredes desnudas del local, intentando descubrir en alguna de ellas los rasgos de Bruno. Podía ser el que estaba en el extremo izquierdo de la imagen, semioculto tras una columna, o aquel otro que había en el centro, igualmente semioculto entre dos hombres. Tal vez uno, tal vez otro, o tal vez ninguno, como todas las alternativas de esta historia.

— ¿No sabe dónde está ninguno de ellos?

El hombre arrancó la foto de la pared y miró el dorso.

— Aquí escribieron su nombre antes de marcharse para siempre, a modo de despedida. Para dejar constancia de su existencia. Unos lo hicieron a los pocos días y otros esperaron hasta el año siguiente, pero todos dejaron su huella, excepto Melquíades, la muerte le sorprendió una noche y no tuvo tiempo de hacerlo.

Efectivamente, hay alguien llamado Bruno, pero debió equivocarse al anotar la fecha de su partida.

— ¿Por qué?

— La fecha que escribió es la de hoy.

¿Era ésa la puerta de entrada que estaba buscando?

Todos los enigmas de aquella historia, todos los misterios escritos en la frontera de una realidad que ella misma había construido, flotaban inmóviles en la noche helada cuando Elena abandonó Bruma y caminó por el callejón sin mirar hacia atrás, consciente de que ya no volvería a ver nunca más las luces de aquel local. Sabía que la elección estaba a bordo de aquel tren que atravesaba sin vacilar la noche y la oscuridad: una opción entre la luz y las tinieblas, entre la quietud y la pasión, entre la ilusión del mundo real y la realidad del país de la fantasía, entre la vida antes de la muerte y la vida arrebatada a la muerte.

Existía, pues, una dirección y no era hacia atrás, hacia el pasado, sino hacia adelante, hacia el futuro. Atravesando las sombras. Más allá de su ciudad, más allá de sus fronteras y de sus límites, más allá de su realidad.

Elena había tomado una decisión y ahora tan sólo tenía que esperar que el tren concluyera su trayecto y que el paisaje que intuía veloz tras la oscuridad de la noche se detuviera para siempre.

Sabía que Bruno estaría al final de ese viaje, cuando el tren encontrara su destino y la luz de la mañana descubriera lentamente el paisaje oculto tras la oscuridad.